

CONTINUACIÓN DE LA 28ª SESIÓN ORDINARIA, EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balaguer, Balestra, Barraquero, Burroetaveña, Belderrain, Bedit, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bolini, Bouquet Roklán, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Castellanos (J.), Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaria, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Fonrouge, Gálvez, García, Garzón, Godóy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gómez (M.), Gouchon, Helguera, Hernández, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Lagos, Lartigau, Lasaga, Leguizamón, Leiva, Loureyro, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Olmos, Outes, Palacio, Pabelo, Parera (F. M.), Peña, Quintana, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Videla, Vivazaco (P.), Vivanco (R.), Yofre, Zavalla.

AUSENTES CON LICENCIA

Ferreira, Luro, Usandivaras, Varela Ortiz.

CON AVISO

Barraza, Bores, Bruchmann, Calderón, Carbó, Casares, Parera (R.), Pérez, Sarmiento, Villanueva.

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Castellanos (A.), Gigena, Laferrère, Loveyra, Rivas.

—En Buenos Aires, á 13 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, y hallándose presente el señor ministro de la guerra, coronel Pablo Ricchieri, el señor presidente declara reabierta la sesión, siendo las 3 y 55 p. m.

ORDEN DEL DÍA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Continúa la discusión de los proyectos sobre organización del ejército.

Tiene la palabra el señor ministro de la guerra.

Sr. Ministro de la guerra—Señor presidente: al reanudar la exposición que ayer dejé en suspenso, tengo que tributar á la honorable cámara mi más sincero agradecimiento por la benevolencia con que me ha escuchado durante tanto tiempo y por cierto en una forma tan árida como la que he tenido que adoptar para explicar los fundamentos del proyecto del poder ejecutivo. Y no puedo menos de sentirme complacido al ver que el parlamento de mi país dedica una atención tan marcada á estas cuestiones de orden militar, que afectan fundamentalmente lo más esencial de un pueblo, es decir, su defensa.

Tenía preparados para someter á la consideración de la honorable cámara, algunos cuadros más, referentes á los resultados que dará sucesivamente el proyecto presentado por el poder ejecutivo; pero, en obsequio á la brevedad y creyendo sinceramente haber llevado al ánimo de los señores diputados el más absoluto convencimiento sobre su

bondad, me parece innecesario desarrollar los cuadros á que me refiero.

Pero hay uno, señor presidente, que he de solicitar de la honorable cámara me permita presentarlo. Tiene una importancia considerable en nuestra organización, desde que se refiere á los cuadros de clases profesionales que hemos de tener para instruir y educar nuestros conscriptos, lo que podrá también poner de manifiesto que cuando el poder ejecutivo ha sometido á la aprobación del honorable congreso su proyecto de ley, estaba plenamente convencido de su eficiencia, porque había sido estudiado de una manera esmerada, con todo el tiempo necesario, no descuidando ni los menores detalles.

He dicho, señor presidente, que el ejército permanente de la nación, por lo que respecta á sus unidades, ha de constituirse en lo futuro, cuando la ley haya dado los resultados que debe dar, después del tercer año de aplicación; que el ejército quedaría así constituido: en infantería, por veinte batallones de línea, es decir, por ochenta compañías. Estas ochenta compañías requerirán cien suboficiales. En efecto, le vamos á dar á cada una de las compañías, como lo estableceremos en nuestros reglamentos, un suboficial y además uno para la plana mayor de cada batallón. En sargentos, corresponden doscientos sesenta, ó sea uno para la plana mayor del batallón y tres por compañía, es decir uno para cada sección de estas; en cabos primeros, setecientos veinte, es decir, uno por escuadra y setecientos veinte cabos segundos, ó sea también uno por escuadra.

He dicho igualmente que íbamos á crear dos batallones andinos, que, con el que tenemos actualmente, serán tres; es decir, doce compañías, correspondiendo á ellos, en la misma forma que he dicho anteriormente, quince suboficiales, treinta y nueve sargentos, ciento ocho cabos primeros y ciento ocho cabos segundos.

Además nos proponemos crear, como he dicho también, dos batallones de infantería montada, que tendrán ocho compañías. Es un arma nueva, que seguramente prosperará en nuestro ejército, arma cuya importancia ha sido revelada últimamente en la campaña del Transvaal, y es evidente que en la República Argentina, con su inmensa extensión de territorio, ha de ser eficazísima.

Es un arma que ha existido anteriormente sin tener organización determinada en nuestros reglamentos, cuando nuestras tropas han hecho, en otra época, la lucha heroica contra los indios. Entonces, nuestra infantería montada ha prestado los más grandes servicios; así es que lo único que vamos á hacer nosotros, será restablecer lo que ha existido en otro tiempo, con tanto provecho para el ejército.

Esos dos batallones tendrán ocho compañías, y por consiguiente, diez suboficiales, veintiseis sargentos segundos, setenta y dos cabos primeros y setenta y dos cabos segundos.

En caballería de línea y gendarmería á cuyo servicio le dedicaremos una limitada parte de aquella, tendremos catorce regimientos, es decir, cincuenta y seis escuadrones, y á ellos corresponden setenta suboficiales, ó sea uno para la plana mayor del regimiento y uno por escuadrón, doscientos treinta y ocho sargentos, doscientos ochenta cabos primeros, y doscientos ochenta cabos segundos.

En artillería he dicho que tenemos el propósito, como lo establecerá la ley, de crear nuevos regimientos hasta llevar su número á diez, cada uno de cuatro baterías.

Y aquí he de permitirme hacer una ligera digresión para explicar el motivo por el cual el poder ejecutivo ha creído necesario dar preferente atención á la organización de esa arma, en nuestro ejército.

La artillería, en todos los ejércitos modernos, constituye un arma de preferencia, á la que se dedica la más especial atención, porque es la que forma, en el campo de batalla, el armazón en que encuadran las otras tropas, es decir, la infantería, que continúa siendo siempre la reina de las batallas. Pero ella no puede ser la reina de las batallas sino á la condición de ser encuadrada en regimientos sólidos de artillería, y por eso es que en este proyecto, por la falta de recursos y por la necesidad de tener pocos efectivos en el ejército permanente, nos veremos obligados á tener en tiempo de paz, en infantería, un noveno del efectivo de guerra, mientras que en artillería vamos á tener un quinto, y si podemos, lo haremos llegar á un cuarto del efectivo de guerra.

Este gran rol de la artillería ha sido demostrado de una manera irrefutable en las campañas de la última época. Así en la batalla de Gravelotte—San Privat

y en la de Sedán, evidentemente el ejército prusiano, sin el rol preponderante de su artillería, no habría ganado la primera, y en cuanto á la segunda, probablemente no hubiera conseguido el resultado tan absolutamente decisivo que alcanzó.

En nuestro país, antes que el actual ministro de la guerra—y este es un acto de justicia que me complace en hacer—ha habido un ilustrado general del arma que se ha preocupado de una manera eficaz del desarrollo y progreso de ella; de suerte que lo que haremos no será sino seguir su traza. El país sabe que el año 95 se creó una división especial de artillería; hasta entonces no teníamos oficiales de artillería realmente profesionales y el jefe distinguido, el jefe activo, lleno de espíritu, que formó esa división y logró inculcar á los oficiales un espíritu militar tan desarrollado y una ilustración tan considerable en esa arma, merece seguramente el recuerdo y la consideración de todos. Yo me complace en recordarlo en este momento, y en manifestar que seguiremos con gran placer lo que él inició con tanto éxito en aquella época.

Por consiguiente, los diez regimientos de artillería necesitan 50 suboficiales, que son destinados á razón de uno para la plana mayor de cada regimiento y uno para cada batería; tendrán 250 sargentos, 320 cabos primeros, 400 cabos segundos.

Tendremos, en seguida, cuatro batallones de ingenieros, ó sean, 16 compañías, que requieran 20 suboficiales, 25 sargentos, 64 cabos primeros y 64 segundos. Y después, un batallón de tren, con cuatro compañías, que tendrán 5 suboficiales, 17 sargentos, 20 cabos primeros y 20 segundos.

Esto nos da un total de 270 suboficiales, 852 sargentos, 1584 cabos primeros y 1634 segundos, ó sea, un total general de clases (y esto tal vez sorprenderá á algunos señores diputados que no creían que llegásemos á tener tantos) de 4400, á las que, agregando 1200 voluntarios que por el proyecto podremos llevar á 1500, y además, 200 destinados, por infracción á la ley de enrolamiento, vendremos á tener un total de profesionales de 5800.

Pero, señor presidente; y la cámara me ha de permitir que insista en esto: el país va á contar siempre, en toda época, con un número considerable de profesionales, con un número considerable

de soldados con más de un año de permanencia bajo banderas, á lo que habrá que agregar el personal de la escuela de aplicación de clases, que mantendremos en una mediana de 400, después de los tres primeros años, en que habrá sido necesario mantenerla con un efectivo de 700 á 800 á fin de acelerar lo más que se pueda el cambio de las clases actuales por las futuras. Los soldados con más de un año á que me refiero, serán los 3000 conscriptos que habrá siempre incorporados con más de un año en las filas, puesto que haremos el cambio de estos conscriptos de dos años; por rotación de 3000 cada año. Todo lo cual formará por lo tanto la cantidad de 9200 hombres, entre ellos 5800 profesionales, los alumnos de la escuela de clases y los tres mil conscriptos.

Pero es evidente que habrá especial conveniencia en que á una cantidad de los conscriptos incorporados por dos años, que hayan servido más de un año, se les haga desempeñar las funciones de clases, no solamente para abaratar el servicio en el ejército permanente, sino igualmente para desarrollar en ellos la mayor aptitud en esas funciones que han de desempeñar en las reservas. Estableciendo, por ejemplo, lo que no es exagerado, que mil de estos conscriptos de dos años, después del primer año de incorporación, sean llamados á desempeñar funciones de cabos, tendríamos entonces, como conclusión, que el ejército de la nación contaría siempre, en toda época, con una cantidad superior á 8000 individuos de tropa, entre clases profesionales y soldados con más de un año de presencia bajo banderas sin contar los músicos. Y para llegar á este resultado, hago presente que habremos disminuído en alguna cantidad los músicos, tambores y cornetas que tienen actualmente los cuerpos del ejército, de acuerdo con los reglamentos vigentes.

Efectivamente, las 54 unidades de que ha de constar nuestro ejército en el futuro, exigirían, de acuerdo con los reglamentos, 1.468 hombres, entre músicos, cornetas y tambores. Nosotros le daremos, por los nuevos reglamentos, únicamente 1.136, y eso será suficiente. Repito que estos individuos, es decir, los músicos, cornetas y tambores, no se encuentran comprendidos en los ocho mil soldados á que me he referido.

Señor presidente: creo haber desarrollado, en una argumentación completa, que he apoyado en cifras exactas la bon-

dad del proyecto sobre organización del ejército presentado por el poder ejecutivo; y debo igualmente recordar que una de las bases esenciales para el buen éxito de este proyecto, estriba en el reclutamiento nacional del ejército.

Sin él, sería imposible la realización del plan sometido á la alta sanción de la cámara; pero debo franca y lealmente declarar que el espíritu que ha guiado al poder ejecutivo á adoptar este temperamento, no implica en manera alguna desconocer el patriotismo de los señores gobernadores de provincia, quienes, seguramente, si en muchas de ellas han visto fracasar la conscripción, no ha sido debido ni á falta de esfuerzos ni á falta de patriotismo; ha sido generalmente debido á deficiencia de la ley existente, y, sobre todo, á la mala voluntad en la ejecución de la ley, de los subalternos, de los jefes de partido y de departamento.

Tengo la absoluta convicción de ello porque he tenido ocasión de cambiar ideas con varios señores gobernadores de provincia que me honran con su amistad, y todos ellos, unánimemente, me han manifestado el firme propósito de hacer cumplir la ley, y no han podido nunca conseguir esto, en sus provincias, porque les han faltado siempre el concurso decidido de esas autoridades subalternas.

Por eso no ha sido posible, señor presidente, regularizar la conscripción en este país, y es lo que busca el poder ejecutivo por este proyecto de ley, que espera ha de ser sancionado por la honorable cámara.

Señor presidente: entre otros cargos que se ha hecho al proyecto del poder ejecutivo, se encuentra aquél de que con este proyecto se pretende militarizar al país, y al mismo tiempo, establecer en la República Argentina la paz armada. Nada más injusto, señor presidente.

El proyecto del poder ejecutivo está lejos de establecer la paz armada, cuando apenas un séptimo de los efectivos necesarios al país, en caso de una movilización; serán mantenidos en el ejército permanente.

En cambio, el proyecto de la mayoría de la comisión establece un efectivo, si se ha de tomar como tal también los efectivos de las clases y de las milicias que van á recibir instrucción, que no es, seguramente, inferior al del proyecto del poder ejecutivo, es decir, un efectivo que puedo calcular, sin temor

de equivocarme, en no menos de 17.500 individuos, como promedio.

Quiere decir, entónces, que ni á uno ni á otro proyecto podrá tachárseles de establecer la paz armada en este país, desde que lo que se entiende por paz armada en Europa, es la existencia de ejércitos permanentes con un efectivo de próximamente la mitad de lo que deben tener en tiempo de guerra. Así, por ejemplo, la Alemania tiene más de 600.000 hombres en tiempo de paz, y en tiempo de guerra puede poner de 1.200.000 á 1.300.000 hombres como tropa de primera línea. En Francia sucede otro tanto; en Austria un poco menos, y en Italia un poco menos, también, por falta de recursos.

Otro cargo, señor presidente, que se ha hecho al proyecto, es que él va á fracasar, porque no se ha de cumplir.

Yo creo que no hay justicia en presuponer eso; no hay derecho, no hay ningún fundamento que permita establecer de antemano ese cargo al poder ejecutivo de la nación. Yo tengo señor presidente, un deber y un deber de lealtad en declarar ante esta honorable cámara, y para que llegue también á oídos del país y de los conscriptos que han de ser llamados á las filas del ejército, que jamás el ciudadano que ejerce el alto cargo de presidente de la República, jamás ha interpuesto su influencia con el ministro de la guerra, para que se dejara de cumplir con ninguno de los conscriptos, sus deberes como tales. Jamás, señor presidente, he recibido el pedido de que ningún conscripto afortunado dejase de ir á donde correspondía; y si algunos de ellos han sido empleados en otra parte que en los cuarteles, porque así correspondía y porque así tenía el derecho de hacerlo el ministro, la responsabilidad es únicamente suya, y no tiene ninguna trepidación en asumirla!

Por consiguiente, el país, señor presidente, y la cámara pueden estar convencidos de que si este proyecto se convierte en ley, ella será cumplida con toda fidelidad, con toda la lealtad y la energía que corresponde, cuando se trata de imponer un tributo de libertad y de sangre á ciudadanos argentinos.

Se ha dicho, señor presidente, también, que esta ley es más complicada que la presentada por la mayoría de la comisión. Es evidente. Tiene que ser más complicada en tiempo de paz, desde el momento que ella organiza y se preparan entónces todos los resortes

para hacerlos funcionar en tiempo de movilización, con gran rapidez, es decir, para hacer en el menor tiempo el pasaje del pié de paz al pié de guerra. La ley proyectada por la mayoría de la comisión tiene evidentemente que ser más fácil, á primera vista, que la del poder ejecutivo, porque esa ley no organiza; y resultará entónces que en el momento que sea necesario movilizar las fuerzas de la República, será preciso recurrir á las improvisaciones, con todas las graves consecuencias que ellas pueden acarrear.

Además, señor presidente, he oído decir que esta ley ha sido presentada inconsideradamente á la sanción del parlamento. Y yo pregunto á los señores miembros de esta cámara ¿cómo es posible que el ciudadano que se encuentra en este momento á la cabeza del gobierno, y que por una coincidencia es el que está designado no sólo por la carta fundamental del país, sino también por la opinión pública y el ejército, por su alta gerarquía en éste y por sus méritos militares, para comandar en jefe sus ejércitos; cómo es posible, digo, que ese ciudadano, que tendrá la mayor suma de las responsabilidades en el caso que la patria se viese envuelta en peligros, hubiera de presentar á esta cámara una ley que no diera la mayor suma de fuerzas al país, para que saliera airoso de cualquiera de las difíciles emergencias en que se puede encontrar? Es evidente que el actual presidente de la República es el que más interés tiene entre todos los ciudadanos en hacer una ley que nos permita en cualquier circunstancia hacer frente á todas las eventualidades.

En fin, como conclusión, puedo repetir que el proyecto sometido por el poder ejecutivo á la honorable cámara, es un proyecto que organiza, educa é instruye suficientemente al ejército de la nación, y que si la honorable cámara nos hace el honor de sancionarlo, daremos con él á nuestro país una de las mejores instituciones, creando un instrumento poderoso que asegurará la paz y permitirá á este pueblo, viril y laborioso, entregarse tranquilamente al desarrollo de la riqueza privada y pública, sabiendo de antemano que es suficientemente fuerte para repeler cualquier agresión; mientras que, por el proyecto de la mayoría de la comisión, que, como ya he dicho, no organiza, ni educa, ni instruye suficientemente las milicias de la República, si llegara la even-

tualidad en que el país tuviera la necesidad de hacer uso de sus fuerzas para repeler cualquier agresión, tendríamos que ir á las improvisaciones, con todas sus graves consecuencias.

Señor presidente: conceptúo que este es un momento solemne en la vida pública del modesto soldado que se sienta en esta banca, porque tengo la conciencia de la inmensa responsabilidad que comparto con el señor Presidente de la República, al someter á la sanción de la honorable cámara y á su alta deliberación, el proyecto de ley que ha presentado el poder ejecutivo; pero tengo la firme convicción, absolutamente firme, de que si el parlamento argentino vota esta ley, las generaciones futuras han de bendecir al parlamento nacional de 1901 por haberle dado este instrumento de poder, que hará en el futuro la grandeza de la República, que la encaminará á los destinos que le tiene deparados la providencia, porque podrá estar plenamente segura de que no habrá en América una nación capaz de provocarla, porque estará en condiciones de repeler victoriosamente cualquier agresión! (*Muy bien! Aplausos*).

Algo más. Dentro de nueve años, la República Argentina va á celebrar el centenario de su revolución gloriosa, punto inicial de la redención política de este continente y origen de la creación de ese heroico ejército que dió á la América y al mundo ejemplos inmortales de su patriotismo, de su abnegación, de su hidalguía y de su valor, y pienso que el más grande homenaje que podremos rendir nosotros á los próceres de la Independencia en esa gran fecha, será que el ejército que presentemos en aquel momento sea el digno sucesor del que se había iniciado hace un siglo, es decir, un ejército bien constituido y capaz de defender la bandera con la mayor intrepidez, y guardar, al mismo tiempo, el patrimonio de la tierra nacional que nos legaron nuestros mayores!

Dejo la palabra convencido que este proyecto de ley que el poder ejecutivo confía á la alta deliberación de la cámara, ha de recibir su aprobación, y con ello habrá prestado un gran servicio á la nación argentina.

He dicho!

(*Muy bien! muy bien! Aplausos*).

Sr. Capdevila—Pido la palabra.

Después de haber escuchado, señor presidente, á los oradores que me han precedido, con todo el interés que despierta la materia que han tratado y con

toda la simpatía que ellos inspiran, voy á contestar las óservaciones dominantes que se han hecho al proyecto de la mayoría de la comisión, dejando sin respuesta las observaciones secundarias que en mi concepto se contestan por sí mismas.

Para conservar estrictamente el orden en esta réplica, seríame necesario empezar por el señor miembro informante de la minoría de la comisión; pero pienso que él no tendrá inconveniente en cederle el primer puesto al señor ministro de la guerra, y en este concepto voy á hacerlo, asegurándole al distinguido representante de la provincia de Buenos Aires que nada perderá con tener un poco de paciencia.

Empezó el señor ministro su discurso haciéndome el honor de recordar páginas escritas por mí, encabezando un estudio de la organización militar de Chile, hace algunos años, en las que yo prestigiaba el servicio obligatorio, con el propósito de demostrar á la cámara la contradicción de mis ideas, la contradicción en mis opiniones de hace diez años con las que sostengo en este debate.

En efecto, señor presidente; he sido partidario del servicio obligatorio. Como todos los oficiales de mi generación, era yo un prisionero del ambiente militar de la época; y recuerdo con verdadera satisfacción la lucha que tuve conmigo mismo, el esfuerzo que tuve que realizar para emanciparme de ese prejuicio de mi educación militar.

Confieso, empero, que lo esperaba todo en este debate, del señor ministro de la guerra, menos que me tributara este elogio.

¿Qué es lo que significa para un militar cambiar de opinión en una cuestión técnica, científica, en la que los perfeccionamientos de la mecánica y los inventos modernos, modificando fundamentalmente los factores esenciales, modifican también la solución del problema? (*¡Muy bien!*) Significa que ese militar ha estudiado, que ha adelantado.

He escrito sobre asuntos militares: lo he hecho en la prensa diaria, en los periódicos militares, en revistas, en folletos, en libros; he dado conferencias; he tenido ideas buenas ó malas y las he expuesto para que fueran discutidas.

¿Y qué es lo que ha hecho el señor ministro de la guerra? ¿Quién conoce en el ejército argentino sus producciones? ¿Dónde está el artículo de diario,

la revista, el folleto, la conferencia, el libro ó el estudio con que el señor ministro de la guerra haya contribuido alguna vez al progreso del ejército de su patria? (*Aplausos*). No existen; y nadie podrá, pues, hacerle el cargo de haber cambiado de opinión.

Cuando tuve el honor de desempeñar el cargo de jefe del estado mayor general del ejército, en 1893, y de dirigir con ese motivo la instrucción de las milicias de la República, en campamentos militares, pude darme cuenta de la eficacia de esa instrucción; de que ahí estaba la solución de este problema de la defensa nacional, que sólo consiste en tener el mayor número de habitantes que conozcan y se habituen al manejo de las armas, á condición de tener también permanentemente un ejército de línea para vigilar las fronteras con Chile. Sobre todo, después de haber observado en Europa las ventajas y los inconvenientes del sistema, me he dado cuenta más exacta del problema y he comprendido que la solución para nuestro país no está en el servicio sino en la instrucción obligatoria, y que para que esta instrucción sea eficaz no es necesario hacer pasar á los ciudadanos por las filas del ejército de línea, como nos propone el poder ejecutivo, sino que tal sistema tiene todos los inconvenientes que he apuntado. He ahí la razón del cambio de mi opinión.

El señor ministro ha dicho que no es exacto que los contingentes que en el mes de mayo fueron á incorporarse por equivocación á los cuerpos que están en Las Lajas hayan sufrido las privaciones que denunciaron *La Nación* y *La Prensa*, en los telegramas que yo he leído á la cámara, y agregó que podía exhibir la copia de un telegrama que dice haber recibido del jefe del regimiento que está de guarnición en Roca.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Ruego al señor ministro que no interrumpa al señor diputado.

Sr. Ministro de la guerra—Es para manifestar que ese telegrama lo tengo en mi poder.

Sr. Capdevila—Telegrama en el cual aquel jefe le afirma que él había dado á ese contingente de conscriptos pasaje de ferrocarril y racionamiento por diez días.

Desde luego, el señor ministro ha confirmado «que un numeroso contin-

gente de conscriptos fué enviado por equivocación hasta Las Lajas, y ha guardado silencio, no ha explicado cómo ese contingente ha viajado de Roca á Las Lajas y ha ido de retorno de Las Lajas á Roca, donde no hay ferrocarril.

Por los respetos que debo á la cámara, confírmome en todas sus partes mis afirmaciones anteriores, no solamente porque las he ratificado, leyéndolas en los periódicos locales de Bahía Blanca, sino también por los informes personales que tengo de jefes y oficiales que están de guarnición en esos cuerpos de la frontera.

Dije que la ley de conscripción no se aplicaba con equidad; que las excepciones y los privilegios injustos han falseado su aplicación; que he tenido en mis manos listas de conscriptos que emigraban á Montevideo escapando al servicio; que las oficinas públicas, que dependen directamente del ministro de la guerra, han estado repletas de conscriptos de elevada clase social; que cuando esos mismos conscriptos se incorporan á los cuerpos que están fuera de la capital, no tienen cuarteles en que alojarse, carpas ni camas en que dormir. Y á estos cargos tan graves, que demuestran nuestra profunda desorganización militar, ha contestado el ministro de la guerra, con verdadera ingenuidad, que en las provincias, falta siempre el ochenta por ciento de los conscriptos y que ya tiene la intendencia de guerra listos los uniformes de verano, agregando que cuando se apruebe el proyecto del poder ejecutivo y se nacionalice este servicio, todos estos vacíos han de desaparecer. A todas las grandes deficiencias apuntadas respecto de la última conscripción, el señor ministro ha encontrado una forma muy socorrida de contestar: son los gobernadores de provincia los que tienen la culpa. ¡Como si esos gobernadores de provincia no fueran agentes del gobierno nacional; como si el gobierno de la nación no tuviera ninguna ingerencia en la conscripción, y como si esos gobernadores de provincia que á cada paso le sirven al señor ministro como de coraza defensiva, hubieran alguna vez dejado de escuchar las indicaciones y recomendaciones del ministerio de la guerra! (*Muy bien!*)

Nos ha hablado extensamente de la importancia que tienen las clases en la organización del ejército; se ha referido á las lecciones que recibió en la escuela de Bruselas; ha recordado algunas acciones ganadas y perdidas, por

ese motivo; ha concluido, por fin, declarando que no hay ejército sin clases.

Y, ¿cómo se proveen esas clases, según el proyecto del poder ejecutivo?

Por medio del sorteo de la quinta parte del contingente. Y, ¿qué seguridad tiene el poder ejecutivo de que esa quinta parte del contingente, de que esos jóvenes que han de ir al ejército por dos años, continuarán en el servicio una vez terminados los dos años? ¿Y si no tienen vocación por la carrera de las armas? Y si no se quedan ¿de dónde salen las clases? Son preguntas que han de quedar siempre sin respuesta.

El conscripto á quien toque la suerte de dos años de servicio, puede tomar, enganchado, otro conscripto del contingente de seis meses, y es fácil, entonces, comprender que estos personeros han de ser siempre los peores elementos del contingente y, sin embargo, son los que el poder ejecutivo destina, según la misma frase del señor ministro, para organizar, moralizar é instruir el ejército.

Además, estas clases, á los ocho años, cuando empiezan á ser profesionales, cuando empiezan realmente á ser útiles, pueden retirarse con medio sueldo; en el momento en que sería necesario pagarles para que se quedaran, el señor ministro de la guerra ha encontrado allí un medio de pagarles para que se vayan. (*Risas.*) Es un ideal... pero es un ideal de ineficacia.

A nadie se le ha ocurrido hacer albañiles ó maestros de escuela por ley, por decreto ó por sorteo, porque esto sería absurdo. Pretender hacer clases instructoras con los conscriptos, por medio del sorteo, ¿no sería lo mismo que si en las facultades y escuelas públicas se sortearan á los niños destinados desde ese momento á ser los profesores que han de dictar los cursos?

Sr. Falcón—¡Muy bien!

Sr. Capdevila—En ningún ejército del mundo las clases provienen de otro origen que del voluntariado, que de los profesionales.

Demostré á la honorable cámara que en Francia, Alemania y Suiza está desde hace muchos años resuelto el problema de instrucción de las tropas; recordé ensayos que se habían hecho con verdadero éxito, instruyéndose por medio de un sistema de instrucción intensiva á más de cuatro mil soldados de los contingentes de hace dos años, del ejército francés.

Los señores diputados saben que es

un sistema que está en práctica hace muchos años en Suiza.

El señor ministro, para replicarme, ha pedido á tres jefes de cuerpo un programa de instrucción que debía desarrollarse en cinco meses, y lo ha presentado como una demostración contraria.

Ese argumento puede demostrar demasiado. Si esos jefes de cuerpo se hubieran dirigido espontáneamente al señor ministro de la guerra, enviándole los programas, la prueba podría ser eficiente; pero cuando el ministro de la guerra se ha dirigido á esos jefes pidiéndoles los programas que deben desarrollarse en cinco meses ¿qué es lo que demuestra eso? Absolutamente nada.

El señor ministro de la guerra ha dicho, y hace un momento que lo acaba de repetir, que el proyecto de la mayoría de la comisión no establece la forma de pasar del pie de paz al pie de guerra, lo que constituye su principal defecto, que no se fijan las regiones militares; que no se determinan los grandes comandos, ni los comandos de brigada; que, por consiguiente, nada está previsto, y que en caso de una guerra internacional, sería el caos.

Sin embargo, los artículos 50, 51 y 52 del proyecto de la mayoría de la comisión establecen la forma de movilización con mucha mayor precisión que el del poder ejecutivo; pero sin entrar á los detalles de la división regional del país, ni de los grandes comandos, porque estas prescripciones, sujetas á cambios incesantes, motivados, por ejemplo, por el aumento de población en un país casi desierto como el nuestro, son facultades del poder ejecutivo, que están prescritas en la constitución; son requisitos de la reglamentación de la ley y no de la ley misma. Fijar en una ley de organización militar la división regional de la República, sería tan anormal como fijar la ubicación de los cuerpos del ejército.

Sr. Falcón—¡Muy bien!

Sr. Capdevila—El señor ministro de la guerra no ha comprendido el pensamiento táctico y estratégico en que se funda la necesidad, en épocas de paz, de situar al pie de la cordillera el ejército permanente para vigilar nuestras fronteras con Chile. Y cree que la mayoría de la comisión pretende que se coloque los 10,000 soldados desplegados en tiradores como en un cordón militar frente á los boquetes y pasos desde Salta hasta el Neuquen. No lo ha compren-

cido, sin duda, como lo han demostrado estas dos afirmaciones:

1.ª Que desde las Peñas Negras hasta Barrancos hay 153 pasos, y es imposible defender á todos.

2.ª Que las fuerzas situadas en el Neuquen no podrían proteger á las situadas en San Rafael.

La primera afirmación revela únicamente esto, que yo sabía: que el señor ministro no conoce la cordillera de los Andes, y que ha sido mal informado.

En la cordillera de los Andes hay tres clases de pasos. Los caminos carreteros, por donde puede circular un ejército con artillería de campaña. Estos son tres. Los caminos de herradura, por donde también puede pasar un ejército, á condición de que los soldados desfilen uno tras otro. No tengo el número exacto, pero son pocos. Y, por fin, los pasos de los boquetes, por donde sólo transitan los guanacos y algunas veces los contrabandistas; pero donde no pueden pasar los ejércitos. Estos son más de seiscientos. Es á esos pasos que se refería la información que tiene el señor ministro.

El señor ministro de la guerra ha querido hacer un argumento efectista; pero sólo ha demostrado que no tiene la menor noción de lo que es la cordillera de los Andes! (*Movimiento en la cámara.*)

La segunda afirmación es una enormidad militar, porque yo no he dicho jamás, ni nadie puede hacerme la ofensa de creerlo, que las fuerzas del Neuquen pueden proteger á las de San Rafael, á ciento cuarenta leguas de distancia, como si cada una de esas fuerzas no tuviera un objetivo completamente distinto.

Tengo que contestar tan extensamente á esa parte de la exposición del señor ministro, que desde ya ruego á la cámara que, terminado este debate público, me escuche pocos minutos en sesión secreta; pero en presencia del señor ministro de la guerra. (*¡Muy bien! Aplausos en la barra.*)

Todas las cifras de contingentes dadas por el señor ministro ayer, son equivocadas.

El mensaje del poder ejecutivo habla de un contingente de 15.000 hombres; ayer lo elevó á 18.000. No son ni 15.000, ni 18.000. Acaba de afirmarse por estadista de autoridad que nuestra población en estos momentos llega á casi cinco millones de habitantes.

La regla conocida universalmente para deducir el contingente anual de jó-

venes de veinte años, varía en algunos países entre 10, 11 y 12 mil. Tomando un término medio, el once por mil, tendremos un contingente anual de 50.000 hombres. Puede rebajarse todo lo que se quiera; pero nunca será menos de 25.000 hombres, que es lo que ha calculado la mayoría de la comisión y lo que tendría que calcular el poder ejecutivo; pero no lo hace porque no le conviene, para poder afirmar que con un presupuesto de 17.000.000 podrá instruir todo el contingente anual. No es exacto. El contingente anual será de 25.000 hombres. Más adelante lo probaré.

En Suiza, con una población de tres millones de habitantes, el contingente anual es de 32.000 hombres, de los cuales son instruidos cerca de 19.000. En 1897 fueron instruidos 18.589, y tenía dos millones menos de población que nosotros actualmente; y la República Argentina es considerada como el país que tiene mayor natalidad en el mundo.

El señor ministro ha intentado demostrar que la organización militar suiza es una organización inferior.

La Suiza, con tres millones de habitantes, tiene un ejército, de primera línea, de 149.000 hombres; uno de segunda, de 86.000; y una territorial, de 275.000 hombres, es decir, un total general de 510.000 hombres.

Estos soldados se forman en 45, 52 y 57 días; en la mitad del tiempo proyectado por la mayoría de la comisión, y son los que hacen cada año, en número de 30, 40 y 50.000 hombres, maniobras de división y cuerpo de ejército, que siguen con interés los delegados militares de todas las naciones del mundo. Son maniobras tan interesantes como las grandes maniobras del ejército francés ó las del alemán.

Este sistema de la instrucción obligatoria cuesta á Suiza, incluso gastos de fortificaciones, etc., 23.623.000 francos: menos de 11.500.000 de pesos nacionales, al cambio de 227.

Dijo el señor ministro que se comprometía, ante la cámara y ante el país, con un presupuesto de 17.500.000 de pesos, á pasar por las filas del ejército todo el contingente anual.

El contingente de conscriptos debe ser este año de 25.000 hombres, puesto que se puede calcular que nuestra población era, hacen veinte años, de tres millones de habitantes. De éstos, la quinta parte, ó sean, 5.000 hombres, harán el servicio por un año, y las

cuatro quintas restantes, por seis meses. Diez mil hombres por año.

Tendremos, además, los voluntarios que, con inclusión de los permanentes, son 21.000 soldados al año.

Cada soldado cuesta según los datos que he tomado en la intendencia de guerra, por alimento, sueldo y equipo, 500 pesos al año. De manera que estos 21.000 soldados, con arreglo á los presupuestos vigentes, nos costarán 10.500.000 pesos, en sueldos, alimentación y equipo.

Hoy, con 13.000.000 de pesos tenemos 7.000 soldados que á 500 pesos, cuestan 3.500.000 pesos; es decir, que de los trece millones del presupuesto, se gastan 9.500.000 en los demás gastos del ministerio de la guerra.

Dijimos que 21.000 soldados nos cuestan 10.500.000 pesos; mas estos nueve millones y medio de pesos al año, son veinte millones de pesos para cubrir los gastos de sueldos, alimentación y equipos, faltando otros gastos. Faltan los sobresueldos que, según el proyecto del poder ejecutivo, ganarán las clases sin contar los voluntarios, sin contar el forraje para 10.000 caballos y sin contar los gastos de traslación de tropas, sin contar los cursos de repetición, etc., etc.

Había prometido á la honorable cámara hacer un estudio comparativo del costo efectivo de los dos proyectos, del ejército organizado con arreglo al proyecto del poder ejecutivo y del organizado con arreglo al de la mayoría de la comisión, para demostrar que costará al país un gasto efectivo mayor, de cerca de 3.000.000 de pesos, y es el siguiente:

Los cuerpos existentes: 13 batallones, 11 regimientos de caballería, 5 de artillería, 4 brigadas de ingenieros y el proyectado de tren, deben tener, según sus reglamentos tácticos, 197 sargentos primeros, 975 segundos, 2055 cabos, 775 músicos, tambores, etc., lo que hace un total de 4000 hombres (exactamente 4002) individuos de los cuadros permanentes. Para nuestra comparación, hemos tomado un ejército de línea de 10000 hombres, de manera que siendo 4000 las clases, serán 6000 los soldados.

Comparemos su costo, siguiendo al pie de la letra los sueldos de los dos proyectos, señalando antes, de paso, que, en el proyecto del poder ejecutivo reciben de más, los sargentos primeros, 80 pesos; los segundos, 50; los cabos y soldados 20; lo que, en parte, explica tan crecidos gastos. La mayoría de la co-

misión mantiene los sueldos del presupuesto vigente.

SUELDOS.

PROYECTO DE LA MAYORÍA DE LA COMISIÓN.

| | |
|-----------------------------------|--------------|
| 4000 clases..... | \$ 1.128.380 |
| 6000 soldados a 11 pesos..... | » 792.000 |
| 10000 cuotas de 100 pesos..... | » 1.000.000 |
| 24000 de la clase de 20 años..... | sin sueldo |
| Total de sueldos.... | » 2.920.380 |
| 581000 raciones a 0,45..... | » 2.614.500 |
| Total general..... | » 5.534.880 |

PROYECTO DEL PODER EJECUTIVO

| | |
|---|-------------|
| 4000 clases..... | \$ 1.542. |
| 1800 voluntarios a 21 (incluso aspirantes)..... | » 453.600 |
| 4200 soldados de 2 años a 21.. | » 604.800 |
| 24000 por 6 meses, con solo 5 ps. | » 720.000 |
| Total de sueldos.... | » 3.321.050 |
| 801800 raciones a 0,45..... | » 3.608.100 |
| Total general..... | » 6.929.150 |

El proyecto del poder ejecutivo cuesta de más al año:

| | |
|-----------------|------------|
| En sueldos..... | \$ 400.670 |
| En rancho..... | » 993.600 |
| Total..... | 1.394.270 |

Además el vestuario, mobiliario, carpas, etc. que se daría al contingente para 6 meses, tendría que ser más completo que para 3, y costaría unos 40 pesos más, es decir, para 24.000 hombres.. » 960.000

lo que da al proyecto del poder ejecutivo un mayor costo de 2.354.270 pesos, y esto sin contar el aumento causado por la creación de unos 150 suboficiales, que costarían 1500 ó 1800 pesos cada uno, es decir unos 250.000 pesos al año; sin contar tampoco los *retiros* (¡a los 8 años de servicios para las clases!) los mayores gastos en períodos de repetición más numerosos y largos, etc., todo lo cual permite avaluar, con suma moderación, el exceso de gastos del poder ejecutivo en 4.000.000 de pesos.

Pero no esto todo.

Si aumentásemos el ejército, ya en cuerpos, ya en efectivos ó de ambas maneras, pasando de 10.000 a 15 ó 18.000 hombres, el aumento de gastos crecería con muchísima mayor rapidez con el proyecto del poder ejecutivo. Esto es evidente, sin demostración, en razón de los mayores sueldos. ¿A qué número ascienden los conscriptos actualmente? En el mensaje que acompaña el pro-

yecto, el poder ejecutivo supone un contingente de sólo 15000 hombres. Es posible que los libros del ministerio no den más, pero es un error. Un estadista de indiscutible competencia declaró precisamente hace pocos días, que nuestra población es casi de cinco millones de habitantes. Su contingente total, según la conocida regla de 11 por mil, daría un efectivo de 55000 inscriptos de 20 años, el que se puede rebajar todo lo que se quiera, pero no será nunca menor de los 24000 que calcula la mayoría de la comisión, para el año próximo, suponiendo que nuestra población haya sido de tres millones de habitantes hacen veinte años.

No es esto todo. El proyecto del poder ejecutivo, que huye del vocablo *voluntarios* con prima, que emplea el proyecto de la mayoría de la comisión, adopta *la cose*, la llama sobresueldos, y gasta de más en ellos unos 400.000 pesos. Y sólo es por el primer año de vigencia del sistema: más tarde, en virtud de las reglas establecidas en el proyecto del poder ejecutivo, los sueldos crecerán más y más y empezarán los *retiros*, de manera, que dentro de 10 años, unos 3000 sargentos y cabos estarán retirados con medio sueldo, precisamente cuando serán buenos profesionales, lo que importará un millón de pesos, y dos ó tres hacia el año 1920.

Pero nos hemos, señor presidente, desviado de la gran cuestión.

Tenemos que discutir todavía el principio mismo del servicio obligatorio; los principios que informan los dos proyectos que están en discusión: el servicio obligatorio propuesto por el poder ejecutivo y la instrucción obligatoria con un ejército de línea para vigilar las fronteras en épocas de paz propuesta por la mayoría de la comisión.

¿Cuál de estos es mejor sistema, el más adelantado, el que mejor corresponde a las exigencias de la guerra moderna? Esa es la cuestión.

Cuando tuve el honor de presentar a la honorable cámara el proyecto que es ahora el proyecto de la mayoría de la comisión, dije que esta idea del servicio obligatorio, lanzada como un progreso y un perfeccionamiento, sin apercibirse que la experiencia la cubre de cenizas, es un pensamiento atrasado y reaccionario; y si yo pruebo esta proposición, es inútil que sigamos perdiendo tiempo en discutir los detalles.

El señor ministro de la guerra nos

leía ayer capítulos de un libro escrito por el general Trochu, en 1867; pienso que para resolver nuestro problema militar, en 1901, debemos acudir á fuentes más modernas. Después de 1867, han tenido lugar la guerra franco-alemana, la guerra turco-rusa, la guerra de Chile en el Pacífico, la guerra de Cuba y la guerra de Sud Africa. Se ha adoptado el fusil de pequeño calibre, se han introducido perfeccionamientos en la artillería, se han usado las ametralladoras y se ha inventado la pólvora sin humo. Las armas y la experiencia de la guerra van modificando el arte de dar las batallas.

Yo voy á leer á la honorable cámara un breve artículo que trae una de las más importantes revistas de Londres «The Reviews of Reviews» de fecha reciente, del 15 de julio de este año. Y voy á llamar especialmente la atención de la honorable cámara sobre esta página, que he traducido textualmente, y sobre todo, he de llamar también la atención del señor Presidente de la República, dada la grave responsabilidad que esta asumiendo ante el país. (*¡Muy bien!*)

Bajo el título «Los funerales del ejército de conscriptos. La lección de la guerra de Sud Africa» se encuentra en esta importante revista «The Review of Reviews», un estudio del coronel Henderson, director de informaciones en el estado mayor de lord Roberts, en Sud Africa, destruyendo con los hechos á la crítica militar convencional del continente. Reasume las lecciones militares de la guerra del Transvaal en el más instructivo y valioso prefacio con que encabeza la traducción al inglés de las «Experiencias de la guerra Boer, del conde de Stenberg.» Juzga pendantescas é ignorantes las opiniones de los militares extranjeros, por su negativa en reconocer que el rifle de pequeño calibre y la pólvora sin humo han revolucionado completamente la guerra moderna. Los escritores militares del continente, declara el coronel Henderson, están tan saturados con la campaña de 1870 y 1871, que sólo comprenden la guerra bajo un solo aspecto y persisten en teorías que ya no tienen ningún fundamento en los hechos.

Declárase el coronel Henderson, sorprendido de esa obstinación, en no admitir que la trayectoria rasante de los fusiles de pequeño calibre, juntamente con la invisibilidad del hombre que lo usa, han ocasionado una revolución completa en el arte de librar las batallas.

La guerra de Sud Africa ha probado ya que esta revolución es un hecho producido, y ha probado también que la organización y preparación de los ejércitos de conscriptos del continente se basa en principios anticuados que ya están en desuso. (*¡Muy bien!*)

«La táctica de ciertos ejércitos extranjeros están tan degenerada y fuera de fecha, como la táctica prusiana de 1806. Los ejércitos continentales han tenido demasiada experiencia en los campos de maniobras y muy poca de la guerra.» El coronel Henderson sostiene que la guerra de Sud Africa como la guerra de la Península, como la guerra civil de América, han sido un triunfo para el servicio voluntario. En las guerras del futuro, la moral se contará en mucho más que el simple número; y esto ha sido siempre el punto débil de los ejércitos de conscriptos.

El conde de Stenberg, que vió la guerra desde las filas boers, también agrega que bajo los esfuerzos del moderno servicio militar un ejército de conscriptos se desmoronará en pedazos.

El coronel Henderson declara que la lección que ha sacado de la guerra del Transvaal es que la próxima guerra probará que los vastos ejércitos son una equivocación y que un ejército de conscriptos no puede llenar las condiciones exigidas por el progreso de la ciencia militar. Esas son sus palabras textuales.

Por esto, la moral que el coronel Henderson saca de la guerra de Sud Africa es que la Europa debe abandonar el sistema de la conscripción.

El conde de Stenberg confirma todas las conclusiones de Henderson, y es aún más radical en cuanto á la naturaleza revolucionaria de las experiencias obtenidas durante la guerra del Transvaal. Ambos agregan que la guerra bajo el viejo sistema es imposible sino es á costa de tanta vida que ningún ejército ni nación pueden proporcionar.

Señor presidente: en 1898 hemos adoptado los batallones mixtos, compuestos de voluntarios y conscriptos, cien años después que tal sistema fué abandonado en Francia como un desastre, siendo, según su propia declaración en la sesión anterior, el autor de esta desgraciada innovación el señor coronel Ricchieri, que era entonces jefe del estado mayor del ejército, y que es, por consiguiente, el responsable de nuestra actual situación militar. Hoy, cuando las primeras autoridades en el mundo científico militar, como el coronel

Henderson y el conde Stenberg, sostienen que la Europa tiene que abandonar el sistema de la conscripción, porque ya no responde á las exigencias de la guerra moderna, está por implantarse en la República Argentina, y otra vez es por la iniciativa y bajo la dirección militar de nuestro ilustrado ministro de la guerra coronel Ricchieri. Que quede constancia para que cada uno asuma la responsabilidad que le corresponde. Por mi parte habré hecho mi deber: tratando por todos los medios que no se adopte semejante sistema.

Sr. Presidente—Si el señor diputado se encuentra fatigado, invitaré á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio.

—¡Muy bien! Aplausos prolongados.

—Vuelto á sus asientos los señores diputados, continúa la sesión.

Sr. Capdevila—Paso ahora á contestar en dos palabras la hábil exposición del distinguido señor diputado por Buenos Aires, miembro informante de la minoría de la comisión.

Empieza el señor diputado su discurso cambiando mis afirmaciones, para darse el placer de rectificarlas.

Voy á fijar sus propias palabras, recortadas del Diario de Sesiones.

«Bien, señor presidente; ayer el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, en su elocuente discurso, nos decía, ponderándonos las ventajas del sistema suizo, que en Francia había en este momento entre los escritores militares una verdadera propaganda favorable á la adopción de ese sistema.»

He dicho exactamente lo contrario: que en Francia la opinión está dividida en esta forma: de un lado los militares, que todo lo subordinan al interés profesional, y del otro lado, los hombres de gobierno, que quieren evitar la ruina económica de la nación, conservando, empero, la organización militar estrictamente necesaria para la defensa del territorio.

Pero el señor diputado continúa así:

«No hay ningún autor militar de importancia que sostenga la aplicación á la Francia del sistema suizo; y no vacilo en hacer esa afirmación categórica y terminante.

«No ha de encontrar el señor miembro informante de la comisión que toma nota de estas palabras, autores militares franceses, serios y con autoridad que sostengan esta tesis.»

Voy á dar á la cámara los nombres

de algunos autores militares franceses, alemanes, rusos, ingleses, que, emancipados de prejuicios profesionales, sostienen la organización militar de las milicias, encuadradas en un ejército permanente, como lo proyecta la mayoría de la comisión.

Pero antes levantaré la crítica, infundada, que el señor diputado por Buenos Aires hacía del capitán Moch, confundiéndolo con un escritor asalariado del socialismo.

El capitán Moch es autor de cinco obras técnicas sobre artillería, escritas en los años 87, 89, 92, 93 y 95, en las cuales se ocupa desde la construcción de los cañones de alambre de acero, hasta un estudio científico sobre la artillería moderna y del porvenir; es autor de tres obras de arte militar, escritas en los años 91, 94 y 96, estudiando las pólvoras sin humo y su influencia en la táctica de combate; es autor de tres obras de organización militar, estudiando la defensa nacional y de las costas marítimas; es autor de algunas obras políticas.

El folleto que el señor diputado me presentaba, es sólo un extracto de algunas de las ideas contenidas en algunos de los libros del capitán Moch, puestos en circulación por el partido socialista en Francia (*¡Muy bien!*)

Voy á citar ahora los autores militares autorizados cuya existencia ignora el distinguido señor diputado por Buenos Aires.

Me referiré en primer término al coronel Patry, el oficial que con mayor competencia se haya ocupado en Francia de la instrucción militar, el oficial que ha iniciado la reducción del servicio militar á dos años, sostenida por él como una etapa inevitable hacia la adopción, igualmente inevitable, del sistema de las milicias.

En su obra, *El servicio de dos años* termina así: «El servicio de dos años durará lo que pueda; pero llegaremos en Francia, como en todas las naciones europeas, en tiempo más ó menos largo, á la organización de las milicias. Marchamos á pasos más rápidos de lo que se cree».

Voy á citar también al coronel Derué, en su obra titulada *La reducción del servicio militar por la educación nacional*.

En el ejército alemán, que es el centro del militarismo actualmente, le citaré al coronel Von Bernhardi, jefe del estado mayor general de una división

del ejército, que hace algunos años manifestó sus ideas en ese sentido. En un estudio sobre los elementos de la guerra moderna publicado en el 8º suplemento de los oficiales *Millitaer Wochenblatt*, de 1898.

«En épocas de paz—dice—el servicio permanente no es de ningún modo una escuela del carácter.»

Y más adelante agrega: «La nación que defendiendo su territorio sepa poner en juego todas sus fuerzas vivas y practique en grande la guerra popular, gozará de elementos de resistencia casi invencibles.

»Esta es la enseñanza que dejan las guerras populares de todas las épocas, y aun lo vemos confirmado en la guerra que hacen los cubanos. Las guerras de la liberación de Alemania han mostrado y la guerra franco alemana ha permitido presentir, qué potencia formidable existe en germen en ese elemento popular. Es el espíritu de abnegación entonces, lo que tiene que prevalecer sobre la breve instrucción militar que debe darse á los soldados».

Y pasando de los autores modernos á los antiguos, voy á citarle al señor diputado por Buenos Aires una autoridad irrecusable, á Napoleón I, el genio militar del siglo. En sus *Comentarios*, tomo VI página 478, dice esto que voy á permitirme leer en su propio idioma, para conservale toda la energía de expresión:

«Toute nation qui perdrait de vue l'importance d'une armée de ligne *perpétuellement sur pied* et que se confierait à des levées en masse ou des gardes nationaux éprouverait le sort des Gaulles.»—«Toda nación que pierda de vista la importancia de un ejército de línea perpetuamente movilizado y que confíe en los levantamientos en masa ó en los guardias nacionales, sufrirá la suerte de las Galias.»

Voy á citarle al general Lewal, quien dice en su *Crítica* á los legisladores franceses: «No han querido tener en cuenta esta verdad enunciada por Jomini: las milicias puras no valen nada, pero las milicias encuadradas y sostenidas por un ejército de línea, valen mucho.»

Ya ve, pues, la honorable cámara á lo que queda reducida la imputación que nos hizo el señor diputado por Buenos Aires, cuando decía que los miembros de la mayoría de la comisión habíamos inspirado nuestro proyecto en los principios y en las teorías del socia-

lismo. (*¡Muy bien!*) Napoleón I, Jomini, el general Lewal, el coronel Von Bernhardi, los coroneles Patry, Derué y Henderson y el conde Stenberg no sólo no son socialistas sino que son imperialistas! (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

Pero yo tendría que hacerle un grave cargo al señor diputado por Buenos Aires, miembro informante de la minoría de la comisión. Me dicen que para prepararse para este debate y realizar ese hermoso esfuerzo oratorio, que con tanta justicia aplaudió la cámara, ha leído cerca de ciento treinta libros militares... (*Risas*) en el espacio de un mes. Y parece que no le quedó tiempo para leer ni una vez siquiera el proyecto de la mayoría de la comisión de guerra, porque si lo hubiera leído no habría dicho que es una inspiración del socialismo, aunque más adelante agregó que es una copia de la ley militar suiza. ¡No, señor presidente! ni socialista ni suiza. Es una ley argentina, que lleva profundamente grabada el sello del carácter nacional... (*¡Muy bien! Aplausos*) es una ley que consulta nuestras instituciones, nuestra situación política, nuestra posición geográfica, nuestra organización social y hasta nuestras tradiciones! (*Aplausos*) Es la ley argentina, sancionada en 1895 y aplicada con verdadero éxito hasta 1898, con las modificaciones que la experiencia y el estado de las finanzas del país aconsejan. (*¡Muy bien! ¡muy bien! Aplausos*.)

El señor diputado miembro informante de la minoría de la comisión, nos ha hablado del ejército de Inglaterra y del ejército de los Estados Unidos; nos ha hablado de sus formidables escuadras, que considera con razón las más poderosas hoy. Pero cuando hablaba del ejército inglés olvidó agregar, porque no convenía á su tesis, que esos soldados voluntarios ingleses fueron los que á las órdenes del duque de Wellington, derrotaron en Watterloo al gran capitán del siglo, y que ese ejército norteamericano, compuesto de voluntarios, ha vencido también en Cuba á los conscriptos españoles.

No ha agregado tampoco que el personal técnico de esas dos grandes escuadras no se recluta por el servicio obligatorio. (*¡Muy bien! Aplausos en la barra*.) Ha olvidado también agregar que ahora mismo lord Wolseley, acaba de afirmar que el mejor ejército es el norteamericano, porque es el que está mejor pagado, porque es el que en China ha demostrado mayor moralidad,

mejor instrucción y mejor disciplina. (*Muy bien! Aplausos en la barra.*)

Me va á permitir el señor diputado por Buenos Aires que lo abandone un momento para tomar al señor diputado por Entre Ríos (*Risas*) y lo exhiba en flagrante delito de haber afirmado una inexactitud, pecado venial en un parlamento.

El señor diputado por Entre Ríos, ha dicho lo siguiente, aquí están sus palabras: «Todos los señores diputados que asistieron á la revista de Bahía Blanca, saben que el «Buenos Aires», de la misma capacidad que el yacht de la reina de Inglaterra, volvía de una campaña de noventa días, y que tenía á su bordo como maquinistas y foguistas á conscriptos, que tenía aceite viejo, carbón viejo, etc., y que realizó el viaje en buenas condiciones.»

Escuchaba desde las antenas estas palabras del señor diputado por Entre Ríos, el oficial general de mayor autoridad científica en la escuadra, y pocos momentos después de la sesión se encontró con el señor diputado por Entre Ríos en el ministerio de la guerra, y le dijo que había afirmado una inexactitud, porque todos los maquinistas y foguistas del «Buenos Aires» habían sido elegidos entre los más veteranos de la escuadra. (*Muy bien!*)

Sr. Coronado—¿Me permite el señor diputado? ¿Me permite el señor presidente?

Efectivamente, la conversación á que se refiere el señor diputado la he tenido con el señor comodoro García.

Este señor me hizo esta observación: en efecto, los foguistas que tenía el «Buenos Aires» en ese momento, no eran conscriptos; pero sí lo eran los carboneros, los marineros y los artilleros.

Yo ignoraba que los foguistas no fueran conscriptos, y entonces tuve la proligidad de ir al estado mayor y preguntar cómo se reclutaban los foguistas, y me digeron allí estas palabras: los foguistas entran todos en calidad de enganchados ó contratados; pero si el barco tiene, por ejemplo, 60 contratados foguistas y tiene 60 carboneros conscriptos, cuando los carboneros conscriptos están en condiciones de reemplazar á los foguistas, se despide á éstos y entran los carboneros á reemplazarlos, es decir, que entonces el erario tiene una economía de 30 pesos por persona. Y este hecho se ha realizado ya en la armada, y casi el 50 % de los

enganchados han sido reemplazados por los conscriptos. (*Muy bien!*)

Sr. Capdevila—Pero si fuera cierto, señor presidente, que la tripulación técnica veterana de nuestra escuadra, que es ya nuestro orgullo nacional, se está cambiando por conscriptos, como acaba de afirmarlo el señor diputado por Entre Ríos, yo digo que estaríamos cometiendo el más grave y funesto de los errores; los maquinistas, electricistas, foguistas, cabos de cañón, artilleros y timoneles deben reclutarse entre los veteranos. Es la opinión de los oficiales que por su experiencia y que por su graduación tendrán mañana la responsabilidad del comando de la escuadra en el caso de una guerra internacional y es esa también la práctica de las naciones dominantes por el poder de sus escuadras.

Comprendo que el distinguido señor diputado por Buenos Aires no puede estar del todo bien informado en cuestión tan ajena á sus estudios habituales y se le puede tolerar entonces que ignore que el desastre de Sadowa no fué debido á la diferencia de composición de uno y otro ejército, sino á la superioridad del armamento y á la superioridad de la táctica prusiana. Pero debo prevenir, que el Austria tenía desde 1849 la conscripción, con personero, como lo propone el poder ejecutivo. El éxito del ejército prusiano, dividido en tres cuerpos, dos costeados el Elba y uno por la Silesia, se debió, principalmente, á que pudieron concurrir y reunirse en el campo de batalla por la inercia del general Benedik.

Ha dicho el señor diputado por la provincia de Buenos Aires, que él daría su voto por el proyecto de la mayoría de la comisión de guerra, si la República Argentina se encontrara en el caso de Inglaterra ó en el de Suiza.

Le reclamo el cumplimiento de su promesa. La República Argentina con su dilatada y costa marítima, desierta é inaccesible á un ataque por mar, está por ese lado en el caso de Inglaterra; y separada de la única nación que por tierra le puede traer una agresión, por una ancha y escabrosa cadena de montañas, también está en la situación geográfica de Suiza.

A propósito de la campaña de Curumalán, dijo el señor diputado que en una marcha que había hecho su regimiento, compuesto del batallón en el cual era capitán y un batallón de voluntarios al mando del comandante Tiscor-

nia, había dejado este último en el trayecto de cuatro leguas, treinta y dos soldados rezagados sin que el batallón de conscriptos hubiera dejado un solo soldado.

Yo recordaba el dato porque era jefe del estado mayor general del ejército; pero recordaba también porque lo averigüé, tan extraordinario era lo que pasaba, que ese batallón había recibido dos semanas antes un contingente de soldados tucumanos, que resultaron enfermos de paludismo y así quedaron todos en el camino.

Peró no me bastó este recuerdo; podía estar equivocado, se le hizo un telegrama al jefe del cuerpo, quien ha contestado ratificando el hecho.

Voy á citar muy brevemente, por no fatigar tanto á la cámara, algunas de las marchas forzadas que ha hecho el ejército de línea en los últimos años.

En 1898, el batallón 1.º de infantería, compuesto de voluntarios y el batallón de conscriptos de La Rioja, hicieron una marcha de Uspallata á Mendoza: el 1.º de línea no dejó un solo rezagado; el batallón de conscriptos alrededor de cien, que casi todos pasaron al hospital. Este informe me fué transmitido por el cuerpo de sanidad militar y por consiguiente es un dato oficial.

En 1899, el comandante Esteban García hizo una marcha forzada de Uspallata á San Juan, á través de montañas con tropas del batallón 1.º de infantería, 5.º de infantería y 8.º de caballería, sin dejar un solo rezagado.

En 1896, el batallón 8.º de infantería, á las órdenes del coronel Alejo Belaunde y del teniente coronel Eduardo Munnilla, hizo una marcha de resistencia de Patagones hasta Roca—ciento veinticinco leguas—y no dejó un solo rezagado, haciendo igualmente el trayecto de regreso.

Yo era entonces jefe del estado mayor del ejército y seguí con verdadero interés esa marcha—que hace honor á la resistencia de los cuerpos del ejército. (*Muy bien! ¡muy bien!*)

En 1897, el batallón 6.º de línea marchó de Bahía Blanca á Roca—ciento noventa leguas sin dejar un enfermo.

El 7.º de línea, á las órdenes del coronel Fraga y del teniente coronel Gutiérrez, recorrió á pie una gran extensión del Chaco combatiendo con los indios y luchando con el clima, sin dejar un solo rezagado, que hubiera sido hombre perdido.

En fin, en esta misma campaña del

Chaco, del año pasado, los conscriptos han sido inútiles porque debido al clima, á la falta de desarrollo y por no estar habituados á las fatigas, volvieron enfermos, lo que produjo aquel informe del general Winter, publicado en los diarios de esta capital, en *La Prensa* del mes de diciembre, en el que dice: «Sin el enganchado, que es fuerte y sobrio, no es posible continuar la campaña.»

Ha dicho el señor diputado por Buenos Aires que la organización proyectada por el poder ejecutivo es más sencilla que la del proyecto de la mayoría.

Júzguelo la honorable cámara por este solo dato de la composición del ejército.

Por el proyecto de la mayoría de la comisión el ejército se compondrá de voluntarios con prima; de soldados por tres meses; de destinados por infracción á la ley. Por el proyecto del poder ejecutivo el mismo ejército se compondrá de voluntarios; de voluntarios con sobresueldo; de destinados; de conscriptos por 24 meses; de conscriptos por 22 meses; de conscriptos por 24 meses que sólo servirán 6; de conscriptos por 6 meses y de conscriptos por 5 meses.

Dijo el señor diputado por Buenos Aires en cuanto al tiempo de servicio de los dos proyectos, que éste era igual: de tres ó cuatro meses. Por el proyecto de la mayoría de la comisión habría, incluyendo los dos cursos de repetición de quince días, 120 días de instrucción. Por el proyecto del poder ejecutivo habrá 29 meses en esta forma: de 4 á 24 meses de servicio, son 24; en la reserva dos períodos de un mes, son dos meses; en la reserva dos períodos de instrucción de maniobras de 15 días, es un mes; en la guardia nacional tres períodos de 15 días cada uno, es mes y medio; en la territorial, durante cinco años, cuatro domingos cada uno, son 20 días; total 29 meses. Y un ciudadano casado, padre de familia, hará aún á los 41 años ejercicios dominicales á que podrá llamarlo el poder ejecutivo! ¡Es la esclavitud militar! Es el país transformado en un cuartel! (*Muy bien. Aplausos.*)

El señor diputado por la provincia de Buenos Aires, en su elocuente discurso, ha pronunciado esta frase, que he recordado del Diario de Sesiones: «Cuando la guerra era de soberano á soberano, de dinastía á dinastía, se buscaban mercenarios y enganchados para que fuesen

á hacer la defensa de los intereses de los que les pagaban.» Y agregaba después: «El ejército de la nación, repito que excluye á esos ejércitos de pretorianos, que no preguntan qué es lo que defienden cuando van á defender.» Todavía agrega: «Si se obliga á los oficiales á tener que tratar con tropa que no puede manejar en la mayor parte de los casos sinó por medio de los castigos corporales, ¿cómo vamos á conseguir el mejoramiento del ejército argentino? ¿Así es cómo vamos á levantar el concepto de la carrera militar?»

Señor presidente: todos los partidarios del servicio obligatorio, sin excluir al señor ministro de la guerra, hacen el mismo argumento, agregando que si se adopta el proyecto de la mayoría de la comisión, que establece el voluntariado para el ejército de línea, ha de ser necesario modificar los códigos.

Felizmente, los que hacen estas afirmaciones no conocen el ejército argentino, compuesto de voluntarios, desde que la nación está constituida;—discúlpeme el joven é ilustrado representante de la provincia de Buenos Aires, si reconociendo, como reconozco su hermoso talento, no le atribuyo gran importancia á sus conocimientos militares, á pesar de sus campañas en los campamentos de instrucción. (*Aplausos.*)

Sr. Demaría—De cualquier manera, no hubiera venido á hacer mi biografía en la cámara, señor general.

Sr. Capdevila—En su mismo caso, se encuentra el señor ministro de la guerra, en cuanto al conocimiento del ejército argentino. Y tampoco tengo la intención de hacerle un reproche al señor ministro de la guerra, cuando sostengo que él no conoce al valiente y sufrido ejército de su país. Terminados sus estudios en el colegio militar, el señor ministro de la guerra se fué á Europa á estudiar, y allí ha estado veinte años; algunas veces desempeñando con verdadero acierto y patriotismo comisiones del gobierno, pero siempre ausente de las filas del ejército nacional; sin duda con la información de los colegios y libros circulantes, pero sin la experiencia ni el criterio de la vida de cuartel y de campaña, que tanto enaltece, depura y consolida el juicio del soldado! (*¡Muy bien! ¡muy bien! Aplausos.*)

Necesito, señor presidente, esta digresión personal, porque, en esta gran cuestión estamos también juzgando opiniones personales.

¿Y cómo se me puede exigir á mí, soldado desde los primeros años de mi vida, que debo al ejército todo lo que soy, que permanezca impassible, oyendo los ataques que se dirigen contra los míos? Cualquier hombre que sea verdaderamente tal, comprenderá la situación de mi ánimo.

Guardar silencio, señor presidente, cuando se ataca al ejército, ¿acaso no sería como renegar del hogar, donde nacieron los altos sentimientos, se iluminó el espíritu, se admiró lo grande y se soñó con la patria fuerte y gloriosa. (*Bravos y aplausos.*)

Yo salí, señor presidente, del colegio militar en 1873; me incorporé directamente al ejército que estaba en las fronteras; allí he comandado como oficial subalterno, como capitán de compañía, como mayor, como segundo jefe y como jefe de batallón á esos soldados voluntarios. He hecho la guerra con los indios en la Pampa, primero; y en el Chaco, después.

Un día, señor presidente, día memorable, Avellaneda, el gran estadista, haciendo un llamado al patriotismo argentino, dijo que era necesario ahorrar sobre el hambre y la sed, para salvar el crédito exterior, para salvar el honor de la nación. Y esos mercenarios, enganchados y pretorianos que, según la frase del señor diputado por Buenos Aires, sólo sirven para defender los intereses de los que les pagan, estuvieron tres años en la frontera sin recibir un solo mes de sueldo; alimentándose en los fortines con carne de caballo, sin que se produjera una sola desertión, sin que se oyera una sola queja, sin que se midiese siquiera el sacrificio, como si aquellos abnegados que hoy merecen la injuria de mercenarios, hubieran tenido como una consigna permanente aquella famosa frase: «La patria confía que todos cumplirán con su deber!» (*¡Muy bien, muy bien en las bancas! Aplausos en la barra.*)

Yo no he conocido, señor presidente, porque no existen, soldados más humildes, más obedientes, más sobrios, más resistentes para soportar las fatigas de la vida de campaña, ni más bravos en los campos de batalla.

En mi batallón jamás se han aplicado castigos corporales; yo nunca he empleado mi espada; para castigar á un soldado. Si el soldado se habitúa á encorvar las espaldas, delante del sable del oficial, no le pueden

quedar energías para ergurse en los días de batalla!

No, señor presidente; no es necesario modificar los códigos, no es necesario aplicar castigos corporales. Yo conozco un secreto, que lo conoce también todo el que ha comandado tropas, que embellece y alegra la vida militar, por penosa que ella sea, que vincula al superior con el subalterno en el campamento y en el combate.

Ese secreto consiste en que el comando esté siempre en manos de oficiales cultos, que tengan bondad en el alma y voluntad disciplinada, que sepan amar á los pobres soldados, á los heroes anónimos de todas las batallas, á la vieja y gloriosa carne de cañón! (*Muy bien. Aplausos.*)

Terminaré, señor presidente. Se cuenta que visitando un día Felipe II la construcción del Escorial, encontró una bóveda cimbrante como si le faltaran puntos de apoyo. Alarmado por su inconsistencia, desoyendo las seguridades del inmortal Herrera, le ordenó el rey que la fijara por medio de una sólida columna. El arquitecto cumplió la orden real, y el monarca encontró al fin consolidada la obra. Tan só-

lida, repuso Herrera, que siempre subsiste por sí misma... y dando un golpe de pié, la columna de cartón voló en los aires!

Señor presidente: el proyecto de la mayoría es la bóveda cimbrante del Escorial, resistente á todas las preocupaciones y á todos los ensayos, que se prestigiará en el tiempo y se admirará por el éxito.

Y afirmo, con la más profunda convicción, por favorable que fuera el sufragio de esta cámara, que el proyecto del señor ministro de la guerra será en el gran edificio de nuestra organización militar, la columna de cartón del arquitecto Herrera, que al primer empuje de la experiencia deshecha volará en los aires!

He dicho. (*¡Muy bien! Aplausos prolongados.*)

Sr. Falcón—Hago moción para levantar la sesión hasta el lunes.

—Se vota esta moción y es aprobada por 37 votos.

—Varios señores diputados felicitan al orador. La barra aplaude.

—Se levanta la sesión, siendo las 6 y 10 p. m.